

## **LO QUE LE SUCEDIÓ A RESTITUTO EL MIRA-MUERTOS**

**Carlos Stohr**

**Tinta sobre Papel**

**1988**

Restituto era un agricultor de pura cepa, de esos que no les importaba que se metiera el sol para seguir la brega ni esperaba que amaneciera Dios para comenzarla.

Es decir, de los guayacanes viejos que no los doblegaba ni sol, ni agua, ni viento. En muchas ocasiones, Restituto aprovechaba los claros de la luna tempranera o los del amanecer, para bregar y más bregar, y de cuando en cuando, se reía a carcajadas de los conuqueros que no eran capaces de hacer lo que él hacía.

La gente comentaba que Restituto tenía familiar o lo que era lo mismo, una oración que lo hacía trabajar y rendir por tantos y cuantos él quisiera. También se decía que así como trabajaba, tenía que comer como un mismo animal, para poder mantener la carga de invisibles que lo acompañaban.

Todo el mundo se asombraba de lo animoso que era Restituto, por donde quiera se escuchaban las murmuraciones, y como para vanagloriarse de esas facultades que le atribuían o que Dios le había dado, se ponía faramallerísimo y en todas partes se "espeteraba", contando sus encuentros y conversaciones con los muertos, y aseguraba que para él, lo mismo daba que los espíritus fueran tranquilos o privantes, demostrando con eso, que en el mundo de los fallecidos había ánimas buenas y malas.

Nunca dejó de pasar ningún camino a medianoche, por más tenebroso que fuera, ni porque dijeran que estaba "acuarmao" (repleto) de visiones y espantos. Nada se le daba que los que le salían, hubieran muerto ahorcados, envenenados, bautizados o sin bautizar; a palos, a machetazos o de fallecimientos naturales, porque de cualquier

manera todos eran muertos y valían lo mismo, y a la hora de hablar con ellos lo único

que se tenía que hacer era taparse la cara con las manos o pegar la nariz de cualquier parte para no percibir las vajarás, o sea, el vaho de los difuntos que no era muy bueno ni oloroso, y aguzar bien los oídos, porque la voz de los "sin huesos" como si les salía por las narices.

Muchos lo aconsejaban que se dejara de eso porque en cualquier momento le iba a suceder lo mismo que a Nacienceno, otro que se la echaba de hablador con los del más allá y quien al fin murió como un mismo tonto, sucio y empegostao. Pero él no le hacía caso a lo que decían, al punto de burlarse descaradamente de parientes cercanos y lejanos, de amigos y conocidos y hasta de enemigos, basado en, lo que llevaba entre pecho y espalda.

En una ocasión, el tal Restituto, haciendo gala de sus poderes, y trabajando como de costumbre, día y noche, sin importarle que el machete campaniara, ---cosa que se tenía por mala en las horas del recogimiento-, calaboció una hondonada compuesta de dos laderas no muy altas pero empinaditas que caían en una quebrada; y cuando calculó que ya era lo suficiente, emparejó los cortes, le hizo sus guardarrayas y una tardecita, de brisas suaves, le pegó candela y lo dejó como una paraparita.

Al recalar las lluvias y la tierra mojarse bien mojada, al punto de botar el color negro y ponerse cenizosa, preparó sus macundales y al primer canto de los gallos se largó a aprovechar la fresca para que le rindiera más. A tientas llegó al corte, amoló el azadón con una guaratara que llevaba en el mapire, se amarró el peco con el maíz en la cintura y al ir a zumbiar el primer golpe, se abrió la luna como un espejo en los elementos, -tan claritica que hasta los montes más chiquiticos reflejaban su sombra-, y le permitió mirar a un individuo casi igualito a él, que se acomodaba en la orilla de la ladera opuesta.

Entonces, repuesto de la sorpresa, y haciendo alarde de lo animoso que era, le gritó: ¡compayó usted como sí vino con ganas de ayudarme o a echar pareja conmigo! Si alguna apuesta tiene cazá se van a quedar con las mascás frías porque a Restituto no le gana ni Dios ni el diablo en figura de persona. Y tiró el golpe, y al instante el acompañante hizo lo mismo. Y desde ese momento se entabló la lucha.

Restituto llevaba la carrea al través, de la hondonada a la orilla y el hombre se venía de la otra orilla a la hondonada, y cuando Restituto venía de la orilla para el fondo, el diablo del hombre iba del fondo para su orilla. Y azadonazo y azadonazo; y dale que dale. Y cuando Restituto metía la mano en el peco para echar los granos en el hoyo y taparlos, el hombre lo hacía igualito, como si le hubiera estado copiando los movimientos. Y mientras más apuraba Restituto más apuraba el compañero. Y hay Virgen de Los Desamparados, ya la cosa como si no se iba poniendo buena. Y cuando Restituto se quitó a beber agua el individuo también se quitó y se llevó a la boca su propio taparo.

Ya a Restituto le estaban fallando las fuerzas y causándole recelos la porfía, cuando resolvió meterle todo lo que tenía a ver si el hombrecito del diantre se descarriaba y se largaba, pero entonces fue peor, porque quien se fue agotando, es decir, "derritiendo" fue el propio Restituto, al punto que el mundo le empezó a dar vueltas y más vueltas como una zumbadora, y a cortársele la vista, hasta que perdió el conocimiento y cayó de su estado, largo a largo, y cuando recobró la memoria ya estaba amanecido, la luna se había metido y se asomaban los primeros rayos del sol; el individuo había desaparecido y no quedó ni rastro del trabajo que éste iba haciendo en la ladera escogida por su cuenta.

Restituto no pudo ocultar lo que le había sucedido y desde entonces, en todo el pueblo se dice que con Restituto quien trabajó fue un muerto.

Escrito de José Joaquín Salazar Franco "Cheguaco"



Fundación José Joaquín Salazar Franco  
"Cheguaco"